

MANUEL VICENT

EN la calle Fuencarral de Madrid, en la misma acera, a pocos metros de distancia, se exhiben dos películas, *Operación Ogro* y *Opera prima*, que condensan toda la mitología juvenil de la última década. Desde la subida de Carrero a la ascensión solar al Machu Pichu hay un largo recorrido estético. Una misma generación ha perforado trabajosamente un túnel en Claudio Coello y se ha fumado el porro pacifista en Malasaña, ha pasado de un lenguaje estructuralista a una serie de sonidos esfumados, a una forma de entenderse mediante actitudes y silencios gestuales. La vida corre que se las pela. Nunca como hasta ahora se había tenido la evidencia de esta aceleración psicológica. En solo siete años una obsesión ideológica ha reventado el asfalto para elevar a los aleros al delfín del franquismo y una acracia abúlica se ha espatarrado en los bancos de la plazuela con un macuto de cabezal como forma de protesta. Los padres de estos muchachos no entienden nada. Ahora llenan los dos cines a la vez para tratar de entender las hazañas y amores cotradictorios de sus queridos hijitos y comprobar el efecto retardado del pelargón.

Podría hacerse la prueba de mezclar las dos historias. Imaginar a un terrorista vasco tocando el violoncello, a una pasotilla vegetariana del barrio de Maravillas cebando la carga de dinamita, contemplar bajo los efectos de la marihuana la volada del coche oficial, descubrir que en el fondo de la madriguera arañada en el subsuelo hay un guru lleno de flores con recetas de espiritualidad campestre, elaborar una teoría conjunta de metralletas y armónicas, de bombazos y oboes pastoriles. Ese es el mundo estético de la juventud actual. Entre una dulce ácrata de quince años y el ritual redentorista y explosivo del cine de al lado, el protagonista de *Opera prima* con los resoldos de Jean-Paul Sartre en la cabeza tampoco entiende nada.

Hay un rito que ha entrado en los hábitos de la modernidad. De pronto un día la adorable ama de casa de cuarenta años, con los

chufos en el cráneo, la bata de felpa y la mascarilla de crema goteando descubre a las ocho de la mañana la cama de su hijo vacía. Pueden haber sucedido dos cosas. Si la cama está hecha significa que su amoroso descendiente no ha regresado todavía, si está revuelta es señal de que

rados o paralelos sin capacidad para encontrarse nunca.

El hijo que se ha largado o que a los diecisiete años permanece a tu lado como un desconocido tiene un porvenir oscuro dentro de la gama. Puede ser terrorista o pasota, según opciones o gustos. En la calle Fuencarral, no muy



TERRORISTAS Y PASOTAS

ha huido. A partir de ese momento se desarrolla una escena de dolor que podría expresarse perfectamente en cine mudo. Brazaos de angustia, arañazos en los mofletes, desmayos en el tresillo, carreras por el pasillo hasta dar con el buen padre de familia, empleado de una multinacional, que se está afeitando con el pecho desnudo en el cuarto de baño. La cámara acelera la toma. Se ve al matrimonio saltando frenéticamente electrodomésticos, derribando el televisor, las lámparas, las porcelanas de Lladró para llegar al nido abandonado que el sol de la mañana ilumina con toda la evidencia sociológica. Los padres lloran y se abrazan al pie del lecho mientras un perrillo faldero trata de trepar por las pantorrillas. Tampoco es necesario alcanzar este dramatismo cómico. Hay padres e hijos que se sientan juntos a la mesa bajo el humo del mismo plato de fideos y, sin embargo, están ya psicológicamente fugados, hablan un esperanto familiar o traducción simultánea de dos mundos sepa-

lejos de los reclamos de los carteles fosforescentes de *Operación Ogro* y de *Opera prima*, hay cafeterías llenas de gente que espera el comienzo de las sesiones tomando un café con bollos. A simple vista se trata de una clientela muy variada. Jóvenes que van a mirarse en su propio espejo, parejas burguesas en busca del asueto del viernes noche. El otro día estuve allí. Realmente aquella densidad de espectadores más bien tallados me pareció que llenaba la sala de espera de unas oficinas de hijos desaparecidos. En el braceante espacio de las cafeterías, la parroquia estaba mezclada. Había dos posibilidades. Al sonar las diez, unos podían ir a reconocerse a sí mismos o encontrar a sus hijos en el túnel de Claudio Coello, otros podían intentarlo en el laberinto del metro de Opera. En la barra del bar observé a mi lado a un matrimonio burgués que estaba indeciso. Ella llevaba todavía las secuelas del secador en la cabeza, él lucía ya una deportividad veraniega, frente a los dos se extendía un fin

de semana muy apto para reconquistar los traumas. Optaron por dividir el esfuerzo. El padre se fue a buscar al hijo en la *Operación Ogro*, la madre intentó encontrar a la hija en *Opera prima*. Al salir contrastaron opiniones. No entendían nada, pero ante la duda, allí frente a la tostada de la medianoche, pedían al cielo que sus hijos, puesto que no había remedio, les salieran pasotas. Es mejor que los angelitos jueguen con flores y flautas que anden manoseando pistoles.

El protagonista de *Opera prima*, un joven desencantado y crítico, tampoco entiende nada. A mitad de camino entre la violencia y la abulia, entre los guerrilleros y los maestros perfectos del amor silvestre, va desarrollando un vocabulario de Café Comercial con la ironía del que se sabe superado por los dos lados. En sólo un par de años, mientras uno se entretuvo leyendo lo último de J.-P. Sartre o hizo un viaje a Checoslovaquia, se ha producido la desbandada. De regreso todos nos encontramos con que tenemos una prima adolescente, vegetariana, poseída por el morbo de las semillas y el amor universal, o un primo cogido por la moral del navajero, o un sobrino metido en la violencia política de ETA o de la extrema derecha. O con que tenemos a nuestro tío en el paro.

Nadie entiende nada. Los pasotas dicen que los terroristas no están en el rollo, que son unos horteras con malas vibraciones. Los terroristas afirman que detrás de los gurus está la CIA. Los jóvenes críticos y desencantados creen que los marginales de guitarra y caramillo son unos pasados. Los terroristas piensan que estos intelectualillos de Manuela son contrarrevolucionarios. Allí en la acera de Fuencarral está la gama estética de esta juventud. Un baile crítico de flores y metralletas. Las parejas cuarentonas, los padres de esta generación, acuden alternativamente a las dos películas para encontrar el lenguaje, los gestos, los amores y los indescifrables enigmas de sus hijos. De regreso al hogar contemplan otra vez aquella cama vacía y la cocina llena de electrodomésticos. ■